

Cuéntame de la Ciénega

Coordinado por:

Dra. Lidia Ivonne Blásquez Martínez

Dra. Lucía Montes Ortiz



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

Contenido

PRÓLOGO	6
Lidia Ivonne Blásquez Martínez	
PREFACIO	9
Lucia Montes Ortiz	
DESDE LO ALTO DEL CERRO	14
Alfonso Hernández López	
LA CIÉNEGA QUE CONOCÍ	28
Gonzalo García Regalado	
MI ABUELO Y YO	36
Jesús Calixto Robles	
¡QUÉ BONITO ES VOLAR A LAS DOS DE LA MAÑANA!	51
Luis Ángel Jiménez González	
LAS PALABRAS DEL VIEJO NINO	60
Karen Lizbeth Guevara Suárez	
LA CUIDADORA DEL HUMEDAL	67
Luis Enrique Salvador Ortíz Morán	

Cuéntame de la ciénega

Coordinado por:

Lidia Ivonne Blásquez Martínez y Lucía Montes Ortiz



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
Unidad Lerma

Universidad Autónoma Metropolitana
Unidad Lerma

División de Ciencias Sociales y Humanidades
Departamento de Procesos Sociales
Área de Procesos Sociales, Políticos e Instituciones
México, 2023



Casa abierta al tiempo

**UNIVERSIDAD
AUTÓNOMA
METROPOLITANA**

**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
METROPOLITANA, UNIDAD LERMA**

**José Antonio de los
Reyes Heredia**
Rector General

Gabriel Soto Cortés
Rector

Norma Rondero López
Secretaria general

Alma Patricia de León Calderón
Secretaria

Yisel Arce Padrón
*Coordinadora
general de difusión*

Raúl Hernández Mar
*Director de la División de Ciencias
Sociales y Humanidades*

**Freja Innina Cervantes
Becerril**
*Directora de
publicaciones y
promoción editorial*

Ana Carolina Robles Salvador
*Secretaria Académica de la División de
Ciencias Sociales y Humanidades*

**CONSEJO EDITORIAL DE CIENCIAS
SOCIALES Y HUMANIDADES**

**Marco Antonio
Moctezuma Zamarrón**
*Subdirector de
distribución y
promoción editorial*

Juan Carlos López García
Coordinador general

Lidia Ivonne Blásquez Martínez
Departamento de Procesos Sociales

Claudia Mosqueda Gómez
Departamento de Arte y Humanidades

Gladys Ortiz Henderson
Departamento de Estudios Culturales

Cuéntame de la Ciénega

Coordinado por:

Lidia Ivonne Blásquez Martínez y Lucia Montes Ortiz

D.R. © 2023, Varios

Coordinación editorial: Mtro. Juan Carlos López García

Corrección de estilo: Lic. Raquel Ortíz Morales

Diseño editorial, diagramación y portada: Mtra. Belén Cisneros Juárez

Fotografías: Lidia Ivonne Blásquez Martínez y Lucia Montes Ortiz

Unidad Lerma / División de Ciencias Sociales y Humanidades

Avenida de las Garzas núm. 10

Col. El Panteón, 52005, Lerma, Estado de México

Primera edición: 2023

ISBN: 978-607-28-3039-4

Casa de Libros Abiertos

En la medida que las publicaciones constituyen un medio imprescindible de comunicación hacia la sociedad para apoyar la investigación y la extensión de la cultura, labores sustantivas de la Universidad, éstas deben poseer las mismas cualidades que el quehacer intelectual universitario: libertad, vitalidad, apertura, movimiento, actualidad y compromiso. Por tanto, este libro es de acceso abierto, de modo que es posible consultarlo de manera libre y universal, sin costo alguno para el lector.

Los autores y la Universidad Autónoma Metropolitana, como detentora de los derechos de autor, otorgan a todos los usuarios, de manera irrevocable y por un periodo de tiempo ilimitado, el derecho de utilizar, copiar o distribuir el contenido, con la condición de que se dé el debido crédito a su autor.

PRÓLOGO

El corazón de la unidad Lerma de la Universidad Autónoma Metropolitana es la ciénega. No sólo porque está erigida en lo que antes era laguna, sino también porque su modelo se fundamenta en ocho ejes: complejidad, diversidad, creatividad, complementariedad, ética, responsabilidad social, sustentabilidad e innovación. Estos ejes fueron considerados como necesarios para abordar los retos actuales que enfrenta la humanidad a causa de la destrucción de los ecosistemas y los ciclos vitales de la naturaleza que propician las propias actividades humanas. Muchos de los que conformamos la comunidad universitaria estamos interesados en entender, descontaminar y conservar las lagunas. De igual forma, muchos de nosotros habitamos en los pueblos ribereños, pero pocos conocemos las ciénegas. A veces, en eventos académicos se nos instruye sobre la biodiversidad endémica, las funciones de los humedales y los problemas derivados del crecimiento industrial y urbano. La primera imagen que viene a la mente son aguas sucias y pestilentes... un espacio que está funestamente destinado a desaparecer y convertirse en un paisaje de concreto. Inevitablemente, esto llena de desaliento y muchas veces nos agota antes de si quiera tratar de hacer algo para protegerlas.

No obstante, la primera vez que te adentras en la ciénega, que sobrepasas el concreto y los canales con aguas estancadas, aparece un mundo secreto que resiste los embates de la mercantilización de la tierra, el agua y los ecosistemas. Cuando una conversa con las personas de la ciénega, es conmovedor escuchar las historias, anécdotas y leyendas de aquellas y aquellos que se animan a entrar a la laguna para limpiarla de lirio y ayudarla a respirar. La memoria colectiva es central en la preservación de los humedales, pues condensa el conocimiento acumulado durante cientos de años por diversas sociedades y que permitió convivir con y vivir de la laguna. La memoria colectiva también resguarda los impactos y los momentos de ruptura, como fueron los diferentes proyectos para la desecación y la construcción del gran sistema Lerma, que succiona el agua cotidianamente para llevarla a las megalópolis del Valle de México y de Toluca.

Este libro es fruto del concurso de narración “Cuéntame de la ciénega”, realizado entre febrero y junio de 2023 y auspiciado por la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la UAM-Lerma en el marco de dos proyectos: “Perspectiva Biocultural para la formulación de instrumentos de política pública ambiental en humedales: Un estudio de caso múltiple en México” y “Análisis del patrimonio biocultural de las Ciénegas de Lerma”. Ambas investigaciones fueron beneficiarias de programas y fondos del Consejo Mexiquense de Ciencia y Tecnología (COMECYT) durante los años 2022 y 2023. El objetivo del concurso fue invitar tanto a la

comunidad universitaria como a los habitantes de los pueblos ribereños de las ciénegas de Lerma a compartir textos narrativos originales que recuperaran la memoria colectiva, la vida cotidiana y las leyendas; y también a que se expresaran los sentimientos y evocaciones inspiradas por las ciénegas.

La compilación de textos que aquí se presentan fueron elaborados por nuestros vecinos, amigos, compañeros, familiares. No se buscaba producir textos elaborados por experimentados literatos, sino textos que rememorarán las aguas cristalinas de las ciénegas y los habitantes del cosmos acuático. Las organizadoras del concurso, coordinadoras de este libro, esperamos que la lectura sea una experiencia evocadora o reveladora de la vida de la laguna.

Lidia Ivonne Blásquez Martínez

Lerma, a 25 de septiembre de 2023

PREFACIO

Nunca supe de la laguna, ni de aguas cristalinas o cielos oscurecidos por tantísimas aves. Tampoco escuché hablar de pescadores, raneros o tejedores. La curiosidad jamás me atravesó cuando niña. En el mercado veía canastas atiborradas de ranas sin piel, latas de sardinas con lo que, me parecía, eran camarones chiquitos y colorados, o esos tamales extraños llenos de pescaditos. Mi encuentro con esa laguna fue siempre, y hasta hace poco, su contemplación desde las montañas de Ocoyoacac, entre los ocotes y los magueyes. Podía ver en las mañanas y en las tardes extenderse ese espejo de agua a las faldas del Xinantécatl, y estaba... existía. Alguna vez fueron mencionadas en las aulas como área natural protegida, ecosistemas únicos, región con especies microendémicas, reservorios de agua, amortiguadoras del cambio climático... zonas profundamente amenazadas y vulnerables.

El día que por primera vez la canoa se abrió paso entre los tulares, el agua estaba tan quieta que el cielo azul y sus nubes se fundían en un todo. Con la canoa suspendida en esa pintura surrealista, ese día se me atoró la nostalgia en la garganta, la añoranza de lo que no conocía, la melancolía del tiempo que no pasé ahí. Tuve que regresar una y otra vez, tuve que mirar a don

Toto remar con singular alegría, tuve que mirar a doña Lucia, a don Aureliano y a don Cheve —con sus ochenta y tantos años encima— sacando lirio de la laguna a las ocho de la mañana de un sábado cualquiera. Tuve que reír y compartir la comida con don Andrés y don Beto, ahí, junto a la laguna de un lado, y un canal de aguas negras del otro. Tuve que observar a don Vitaminas sacando la carpa que tuvo mala suerte esa mañana y se enredó en el chinchorro, y mirar a don Avelino crear punto a punto una matla mientras me contaba, por primera vez, de la mujer sirena con cola de serpiente. Tuve que caminar por los mercaditos para encontrar lo que antes aparecía por todas partes y ahora se escondía: una lata de sardina con acociles o tan solo un taco de acociles.

Un día me sorprendí a la orilla de la laguna, al observar el nacimiento de un nuevo día entre muchos diferentes cantos de aves, y en la tarde me senté callada y sorprendida en la casa de Ricardo mientras él, a golpe de piedra de río y hábiles movimientos de sus manos, daba vida a un muñequito de tule. Tengo la sensación de que regresé compulsivamente a esas aguas, a esas voces, a esos sonidos, a los escritos históricos y académicos hasta que logré tener una fotografía fiel de lo que fue Chimaliapan y el Zambatha... Nintambati. Hasta que logré tener un mapa comunitario y llenar mi nostalgia vacía. Ahora era tan mía la añoranza de los manantiales, la sensación de despojo, las manos vacías sin pescaditos blancos, sin ajolotes, sin vinagreras, sin acociles. Ahora eran mías las visiones de canoas llenas

de tule, ahora todos eran mis abuelos con fisga en mano, con la lámpara de petróleo para cazar ranas con ojitos brillantes en las noches, y ahora eran todas mis abuelas preparando atepocates, ajolotes, ranas en salsa verde y mextlapiques, dorando los acociles en el comal hasta que se pusieran rojos. Ahora podía cerrar los ojos y ver a la señora de la laguna, con el cabello largo, con sus hijitos, todos animalitos lacustres aferrados a su cuerpo. Ahora podía tejer la historia del agua y sus habitantes, del ecosistema y sus personas, o las personas y su ecosistema.

Chimaliapan, Chiconahuapan y Chignahuapan, el Nintambati o Zambatha y el Valle del Matlatzinco son más que tres mil hectáreas remanentes de un gran lago alimentado por los manantiales que daban vida al río Lerma, más que su valiosísima flora y fauna. Son también las historias de los abuelos que corrían al vado a nadar cuando niños para regresar cenizos a sus casas y ser disciplinados a golpe de chiquicastle. Son las recetas de las abuelas con los secretos exactos para que los acociles amanezcan panzoncitos, son el conocimiento de cuándo comer la jara para que no esté amarga, son los diferentes tejidos que hay para hacer un petate, bolsa, aventador o muñequito, es el saber escoger la rama para crear la matla. Es el sonido ensordecedor de la ranas en época de lluvias, es la promesa del regreso de la Tlanchana y las ondas del agua creciendo al ritmo que el remo avanza. Es nuestra identidad, nuestro territorio.

Sirva esta obra para darle voz a nuestro legado lacustre, para plasmar la memoria, para que los que no supieron de la laguna, como yo, miren más allá del agua lejana que se ve desde la carretera México-Toluca y nazca la sensación de profundo cariño y respeto por el agua y sus habitantes que resisten a los embates de ese mundo caótico e industrializado que promete devorar nuestro humedal.

Lucia Montes Ortiz

Ocoyoacac, 4 de septiembre de 2023



Fotografía:
Lidia Ivonne Blásquez Martínez



DESDE LO ALTO DEL CERRO

Alfonso Hernández López

*A veces contemplaba el valle,
y a veces la Luna,
pero durante todo el tiempo escuchaba.*

Arthur C. Clarke

En el altiplano central mexicano, al suroeste del valle del Matlazinco, en la región geográfica de la subcuenca del alto Lerma, sobresale entre el paisaje llano y a veces anegado un pequeño collado cuya prominencia es humilde frente a las cumbres del nevado de Toluca. En él rebosaban variedad de insectos, principalmente chapulines, bichos que, de acuerdo a lo sugerido por el toponímico vernáculo de la época prehispánica, caracterizaron el paisaje al que los locales denominaron Chapultepec, aquella comarca en la que en la cima del cerro abundan insectos que rebotan.

La riqueza natural, más la tierra fértil y el agua, permitieron el asentamiento de grupos humanos desde tiempos milenarios. Fue entonces, junto al cerro del Chapulín, donde se asentaron algunos de los primeros

grupos errantes que llegaron al valle, conocidos después por sus adaptaciones al entorno como los “señores de la red” o matlazincas, personajes que sabían tejer, entre otras cosas, redes útiles para la pesca y ayates para la cosecha del maíz; habilidad que trascendió en la memoria de los pueblos hasta el inicio de la época moderna, en el tejido de petates de tule, manteles de algodón o carpetas de hilo cáñamo.

Cuenta mi madre que cuando niña, junto a mi abuela Lala y mi abuelo Lupe, era obligada a subirse a una canoa con la que se adentraban en la ciénega con una hoz metálica de dientes cacarizos. Con el cuerpo hundido en el agua, cortaban tule hasta muy tarde.

“De alguna forma se tiene que ganar la vida”, decían los abuelos al mismo tiempo que ataban el tercio de tule y soportaban el mecapal sobre la cabeza de la niña.

Lala y Lupe tejían petates de diferentes tamaños y formas, además de prácticos *“aventadores”*, útiles para quienes hacen tortillas a mano y necesitan avivar sus fogones. Tras la muerte ética del abuelo Lupe, mi madre trabajó en una fábrica del recién fundado parque industrial Toluca-Lerma, mientras que Lala se afanaba sobre el suelo esculpiendo con las manos y los pies las artesanías que marchanteaba o intercambiaba por fruta, hierbas, pan, tortillas, verduras, pollos o guajolotes los días viernes entre las calles del mercado Juárez de Toluca.

Tras conocer y enamorares de mi padre, que trabajaba

como obrero en la misma fábrica, mi madre dejó San Pedro Tultepec y comenzó a vivir en el pueblo de San Miguel Chapultepec, ambos pueblos ribereños con territorios colindantes de ciénega, uno artesano y otro campesino de coincidente idiosincrasia.

Mirando hacia el noreste desde lo alto del “cerro del chapulín”, mi madre aún puede ver el claro de la ciénega de su pueblo, donde antaño escurrían ondulantes las aguas de los claros, riachuelos y zanjas circundantes que, obligadas por la depresión del terreno, descendían desde lo alto de las cumbres hasta la parte más baja del valle donde se anegaban.

Desde esa misma altura, procurando no mirar más allá de la falda suroeste del cerro, emerge entre un conjunto de tejados la torre de una iglesia y la explanada de un palacio municipal. Es el pueblo de Chapultepec, del que ya conocimos a grosso modo su topografía. Ahora adentrémonos en sus calles y casas, para más tarde tener contacto con su gente, escuchar sus conversaciones, asistir a sus reuniones, ver y leer diferentes documentos.

Imagine, estimado lector, que ha llegado al pueblo. Al deambular por las calles, puede usted notar cómo las fachadas pintadas de blanco y rojo le dan ese estilo al que la Secretaría de Turismo llama “pueblo con encanto”. Si pudiéramos regresar en el tiempo y ver su fisonomía arquitectónica, elocuentemente campirana, nos encontraríamos con calles empedradas, paredes de adobe, techos a dos aguas forrados de teja, patios

con altos sincolotes repletos de maíz, prácticos para almacenar y al mismo tiempo secar la mazorca al aire libre, frente a un montón de tercios de zacate.

Siguiendo sobre las principales calles, el visitante observaría, además de automóviles, carretas arrastradas por mulas o caballos para el transporte de estiércol agrícola, pastura, zacate o costales atiborrados de mazorcas recién piscadas. Escucharía a uno que otro hombre vociferar a sus bestias: acá una manada de vacas, allá una de borregos. Tendría que caminar con precaución sobre las improvisadas aceras para no pisar alguna boñiga de las que van dejando tras de sí aquellos animales.

Los hombres de vocación agrícola, ataviados con sombreros y ropa dedicada al trabajo en la milpa, le darían los buenos días, tardes o noches, al igual que las mujeres con mandiles y rebosos que caminan presurosas para ocuparse de “el mandado”; unas yendo al molino, cargando cubetas de nixtamal, otras rumbo a la miscelánea o la recaudería para comprar los ingredientes de la comida.

Si pudiera franquear la verja y entrar en alguna casa, atravesaría algún corredor, un solar o un patio para advertir enseguida las habitaciones. En el interior de algún recinto principal, apenas iluminado por la parpadeante luz de una veladora, miraría la habitación ocupada por alguna cama, ropero, mesa, huacales o sillas; aspiraría extraños perfumes provenientes de hierbas secas, incienso o flores, ofrendas todas, de un

gran altar cubierto de estampas de santos, imágenes de vírgenes, crucifijos, alguna biblia o libro de jaculatorias y cuentas de rosario.

En otro extremo del terreno de la casa, debajo de algún cobertizo, el viajero percibiría el tufo que produce el estiércol del ganado (vaca, caballo, borrego, cerdo o aves de corral) almacenado junto al establo. Estos desechos orgánicos son usados como abono para la milpa por su carácter inocuo, su composición principal son hierba, zacates o maíz procesados por los bandullos de los animales. Si por azar las bestias están sedientas, el extranjero notará cómo el anfitrión echa mano del agua de la pileta, de la noria o del glifo para llenar baldes de agua o los bebederos con el fin de saciarlas.

Con el improvisado huerto de la casa, el espectador amante de flores, árboles o hierbas quedaría-admirado. Caminaría entre plantas de epazote, manzanilla, yerbabuena, ruda, gobernadora, árnica, santa maría, tomillo, toronjil, albahaca, cilantro, romero, laurel, sábila, zarzamoras, chiles manzanos, nopales, flores de ornato como violetas, dalias, rosas, malvón, buganvilia, hortensia, pensamiento o cempaxúchitl.

Desde la sombra de algún árbol de ciruelo, capulín, pera o durazno, el invitado evitaría quedar envuelto en la fumarola que escapa fuera de la “cocina de humo” a causa de la mala combustión de los aguasoles del maíz, olores, boñigas o madera, utilizados como combustible para el fogón y sobre del cual puede yacer un comal de barro donde se cuecen las tortillas de maíz blanco y

negro.

Ahí mismo, en un rincón de la cocina humeante, el curioso apenas podría divisar la cantidad de aperos de labranza de la familia: azadones, palas, hoces, machetes, guadañas, oloterías, pizcadores, lazos y costales de ixtle, ayates, vigas, palos de sincolotes y hasta carretillas y oxidados aparejos de yunta. En este punto, el viajero se habría dado cuenta de que el pueblo es de origen agrícola. Lo descubriría sin siquiera mencionarle que el nombre de la primera colonia del municipio lleva por nombre “colonia del campesino”, en honor a esta añeja actividad.

Tan importantes son la milpa, la tierra y el agua que las celebraciones comunitarias religiosas de Chapultepec giran tácitamente en torno a estos elementos. Si el forastero tiene suerte, podría apreciar el ambiente festivo del pueblo, escucharía el repique de campanas y el estruendo de los coheteros. Durante el mes de mayo sería testigo de las primeras lluvias y de la apertura del ciclo agrícola. La etapa de la siembra se concluye con la celebración a San Isidro Labrador, así que participaría en el recorrido de yuntas, tractores, carros alegóricos, mojigangas y apoteosis religiosas.

Si decidiera permanecer en el pueblo los meses restantes, se toparía con el temporal, donde las lluvias caen lo mismo de día que de noche (en especial, le sorprenderían los relámpagos de agosto). Para el mes de septiembre la estación lluviosa da tregua, y con ello se agradece por la milpa crecida al santo patrono del

pueblo. San Miguelito es bajado del altar principal de la iglesia, donde permanece todo el año, para salir en caravana litúrgica por las calles principales del pueblo. Este acontecimiento es anunciado por la banda, los cohetones y las campanas de la iglesia.

Quién diría que los enormes lagos que señoreaban el extenso valle del Matlazinco quedarían reducidos a minúsculas ciénegas. Quién hubiera imaginado que la vida anfibia de los márgenes quedaría aplastada por kilómetros y kilómetros de asfalto y concreto. Quién apuntaría que el río Lerma y los arroyos tributantes de las montañas quedarían convertidos en cloacas. Pero así es la sombra de la incertidumbre y es como los ancianos recuerdan con nostalgia las épocas gloriosas del valle del Matlatzinco, en la subcuenca del alto Lerma.

La memoria de los abuelos describe el pasado de un área geográfica y cultural de la cuenca del río Lerma, cuyo determinante hidráulico generó un modo de vida vinculado al agua en la etapa del desarrollo mesoamericano, pero que posteriormente, con el dominio y despliegue de la industrialización, implicó la desaparición de los viejos lagos y ciénegas de la cuenca.

En San Miguel Chapultepec solo quedan historias, apolilladas fotografías y las ruinas de una vieja geografía que apenas hace imaginar a los más jóvenes el paisaje lacustre de los añejos años, recuerdos casi secos que evocan la vida entre los campos anegados. Esa relación entre la tierra (la milpa), el agua, el cielo y el hombre es recordada en las creaciones populares transmitidas

de padres a hijos y que refrescan, de vez en vez, lo que hoy parecen oníricos horizontes con míticos actores: la leyenda del gigante, la cueva encantada, el torito de bronce o la leyenda de la sirena; siendo esta última la que nos deja ver de manera más profusa la relación de los habitantes con su entorno lacustre.

La leyenda de la Tlanchana es una historia ampliamente difundida entre las poblaciones ribereñas del alto Lerma. Un sinnúmero de versiones pueden ser encontradas en las comunidades de San Pedro Tultepec, San Mateo Atenco, Capulhuac, Almoloya del Río, San Pedro Tlaltizapan, San Mateo Tezcalliacac, San Pedro Techuchulco, Santa María Jajalpa, San Antonio la Isla y Mexicalzingo. Incluso en Metepec la leyenda se ha capitalizado como atractivo turístico, pero la que se presenta aquí es una versión que se cuenta entre la gente del municipio de San Miguel Chapultepec. Discurre de la siguiente manera: *“por aquellos años, al oeste de las faldas del cerro del Chapulín, brotaba agua cristalina de un manantial cuyo escurrimiento inundaba los terrenos aledaños y se encaminaba tributante rumbo a la laguna de Chignahuapan. En el ojo de agua vivía una sirena, mitad pez, mitad mujer, de lanuda y larga melena”*.

Con la presencia de este ser sobrenatural, guardián de la tierra y del agua, todo prosperaba a los alrededores, plantas y animales acuáticos crecían por doquier: peces, ajolotes, ranas, acociles, patos, papa de agua, tule, palma, etcétera. La vida de los habitantes con aquella

mítica presencia era de ensueño, hasta que sucedió una gran tragedia.

Era normal que arrieros cruzaran, ya sea solos o en caravana, el ancho valle, llevando y trayendo sus mercancías para vender en los mercados de Tianguistenco, Teotenango o Metepec, mercados que han sobrevivido hasta nuestros días. Cierta día, uno de aquellos arrieros detuvo su marcha junto al manantial para beber y dar de beber a sus sedientas bestias. Al levantar la cabeza quedó asombrado por la belleza de una mujer que salía de entre las piedras y hierbajos, al otro lado del manantial.

Después de un rato de furtivas miradas, con gallardía el hombre se aventuró a cruzar palabras para enseguida cortejar a la mujer y, sin más, pasaron el día juntos. Caída la tarde y él comunicó a ella que era hora de marcharse, que debía seguir su paso. Suplicante, la mujer pidió al mozo que se quedara o que, en su defecto, la llevara con él, contestando el arriero entristecido que no podía llevarla, puesto que las acémilas estaban muy cargadas. A cambio, prometió volver una vez concluido su encargo.

Como lo prometió, el arriero volvió al pueblo, yendo directamente al ojo de agua donde había acordado reencontrarse con su amada. Llegó preparado con un gran huacal, de esos donde se transportaba el pan, para esconder a la mujer con el fin de que nadie se diera cuenta cuando emprendieran la huida. El hombre pidió a la lozana mujer que se metiera dentro del canasto, pero

antes de hacer lo que aquél joven pedía, ella extendió los brazos diciendo al mismo tiempo que si en verdad sentía un amor sincero y sin condiciones por ella, la llevaría con todos sus hijos.

Atónito, el arriero miró debajo de los sobacos de la sirena una gran cantidad de peces, ajolotes, acociles, ranas, serpientes y cuantas especies acuáticas podamos nombrar. El arriero en verdad había quedado flechado, encantado o embrujado por ese maravilloso ser. Tras titubear un poco, aparejó sus mulas, adosó el huacal en cuyo interior metió a la sirena y se marchó con ella para siempre. Días después de la partida, el ojo de agua comenzó a reducir su flujo hasta secarse por completo. Siendo ésta la explicación de la desaparición del manantial.

Mi abuela decía que a los dueños de los ranchos no les gustaba el agua porque su ganado no tenía dónde pastar. Durante muchos años, desde la época colonial, los criollos de abolengo ibérico, siguiendo la tradición de sus abuelos, en cuyo paradigma el agua era un problema que debían resolver, se dedicaron a abrir canales que facilitaban el flujo de agua fuera del valle, ignorando la importancia del vital líquido en la vida anfibia, así como de los canales y chinampas que había florecido en la comarca, al igual que en la gran Tenochtitlan o en los lagos purépechas de Michoacán.

Irónicamente, en una época más cercana a nuestros días, entre las décadas de los cuarenta y sesenta, el acelerado crecimiento de la hoy llamada Ciudad de

México dio paso al trasvase de agua desde diferentes puntos de los alrededores con el fin de abastecer a la insaciable metrópoli. Para ello se entubó un número estratégico de manantiales conectados al naciente sistema Cutzamala, lo que provocó en el alto Lerma la reducción de los cuerpos superficiales de agua, así como un paulatino abatimiento del acuífero cuyo efecto ha venido manifestándose año con año, no solo en el manantial del Chapulín, sino en toda la cuenca.

Por aquí y por allá los señores de edad comentan, refiriéndose al abatimiento: *“...antes escarbábamos tantito, unos 30 centímetros, y encontrábamos agua. Hoy varias norias se han secado, y las que sobreviven las han excavado a mayor profundidad. Solo en tiempo de agua sube el nivel de los pozos, pero en la época de estiaje es muy poca la que se junta. Cuando se va el agua, los que tienen pozo ya no quieren regalar”*.

Desde lo alto del cerro, don Meche divisa el andar de la manada de vacas y borregos. Extrañado, mira cómo un grupo de máquinas, trascabos principalmente, cruzan la arboleda, reuniéndose en los terrenos del rancho El Iris. Al poco rato observa venir los primeros camiones de volteo y entonces comprende por qué, días antes, hombres con extraños aparatos deambulaban por aquel terreno. *“Son topógrafos”*, le decía su compadre. *“Yo trabajé con ellos cuando se construyó la carretera que va a Santiago y con esos aparatos ven las pendientes del terreno y trazan líneas para delimitar lo que van a construir”*.

Por el camino de la arboleda, montado sobre una carreta arrastrada por una mula, el tío Felipe se dirige a sus milpas, y se pregunta al igual que Meche: ¿Qué es lo que sucede? Ambos hombres intuyen algo, pero no encuentran la manera de componer sus ideas para definir lo que están mirando.

Con el cambio de uso de suelo que tiene su auge y aprobación jurídica en el periodo presidencial salinista, donde se enaltecó la propiedad privada sobre el uso comunal y ejidal de la tierra, los proyectos de “*desarrollo urbano*” no se hicieron esperar: la voracidad de los capitalistas de las empresas constructoras como Casas Geo, Urbi Desarrollos Urbanos, ARA, Homex, Sadasi y SARE, entre muchas otras, en mancuerna con los gobiernos corruptos, obtuvieron permisos de manera amañada y sin consultas a las comunidad para construir desarrollos inmobiliarios en diversos espacios municipales del Estado de México.

Mediante el acuerdo firmado por la Secretaría de Desarrollo Urbano, el 7 de mayo de 2007 se autorizó a la empresa Geo Edificaciones el conjunto urbano de tipo mixto, habitacional de interés social y social progresivo, denominado “*JARDINES DE SANTA TERESA*”, con una superficie de 362,651.77 m² para desarrollar 2 mil 488 viviendas, de acuerdo a lo publicado en la Gaceta de Gobierno con fecha del 30 de mayo de 2007.

Cierto día del mes de octubre de 2015, en el noticiero de Tv Azteca, una de las dos televisoras más vistas a nivel nacional, en el espacio de transmisión de “*Noticias*

del Estado de México”, el comentarista, antes de irse al corte comercial, anticipa la nota de un conflicto en el municipio de Chapultepec, lo que llamó la atención de los televidentes locales que en ese momento se encontraban sintonizando el canal. Al regreso del corte, en el primer cuadro filmado por la cámara se observa a una turba de gente enardecida que vocifera y jalonea lo que parece ser la puerta de la presidencia municipal. El reportero comienza entonces diciendo: “*son habitantes en el acceso principal del palacio municipal de Chapultepec que están inconformes por la falta de agua en seis colonias*”.



Fotografía:
Lucia Montes Ortiz



LA CIÉNEGA QUE CONOCÍ

Gonzalo García Regalado

Anteriormente, estaba muy bonito. La ciénega para nosotros como chamacos era nuestro lugar de juegos, era lo único que conocíamos, pues solo íbamos de la casa a la escuela y de la escuela a la casa, y de ahí por las canoas que amarrábamos en el corral, donde estaban los magueyes. Hasta ahí llegaba el agua.

En la ciénega había un montón de cosas, mucha fauna, muchos patos: reales, cuchara, sarcetas, golondrinos, jitomates, gallaretas. También muchas ranas, carpas, culebras, y éstas, cuando andaban en celo, hacían montones como de un metro de altura. Recuerdo que cuando veníamos en la canoa se podían ver las carpas, unas muy bonitas de color naranja, otras amarillas que parecían de oro. El agua estaba tan clara que en algunos lugares se podía ver el fondo, muy limpia.

Aquí en la laguna nos metíamos a nadar, nos aventábamos para atrapar los peces o las carpas y no medíamos el riesgo. Sacábamos unas muy grandes y la “jefa” las cocinaba en tamal. Sabían bien chingonas con

su cilantro y su epazote. Les untaba manteca de puerco y las sazónaba con hierbas de olor, cebolla y jitomate de la parcela, eran muy sabrosas. El agua de la ciénega la podíamos beber y nunca nos enfermamos de la panza.

También encontrábamos muchos otros animalitos que nos servían de alimento. Cuando era temporada de anidar, entrábamos con la canoa al tule y encontrábamos los huevos de pato o de gallareta, los juntábamos y nos los hacía hervidos mi mamá. Comíamos ranas en chile verde y patos enchilados. Otra cosa que sacábamos era la papa de agua y los berros. Había también muchos ajolotes, unos que les decíamos orejones y otros sordos, porque no tenían las “*orejitas*” que salen de su cabeza. Esos también eran muy sabrosos. Mi mamá los ponía a cocer en las cenizas del fogón para que se les cayera la baba que tienen en la piel, los dejaba dorar y así quedaban bien ricos. Todo esto era un manjar para nosotros, era una basta fuente de alimentos, llenos de proteínas y vitaminas.

Habitantes de San Pedro Tultepec bajaban hasta acá para recolectar y sacar la palma con la que se hacían antes los asientos y respaldos de las sillas y los petates. Pero todo eso ya se ha perdido, y lo malo es que de todo esto no tengo ninguna fotografía, no había nada de eso por acá. Ojalá hubiera podido retratar todo aquello que hoy son solo recuerdos. No sé, todavía recuerdo eso, lo bueno que yo vi y viví cuando era niño, cuando fui joven, y me gustaría volver a sentir esa alegría, esa emoción de verme rodeado de naturaleza verde, llena de vida por

todos lados, en el agua, en el aire, en la tierra.

Recuerdo también que el agua nos tapaba, pues tenía como dos metros o más de profundo. Cuando veníamos a tirar, de cacería, pues, a veces tocaba bajar de la canoa y caminar por donde el agua nos llegaba hasta la barbilla, solo levantábamos la escopeta para que no le entrara agua. Ya después subíamos a unas planchas, unos cúmulos de lodo, tule y berros, algunos firmes y otros no, y cuando nos tocaba uno fangoso nos hundíamos y se sentía que uno se ahogaba, pero teníamos que encontrar uno firme, pues era donde esperábamos agachados a que pasaran los patos, y, cuando los veíamos, nos levantábamos para soltar el tiro.

Todo para mí era algo muy bonito, pero cuando llovía daba miedo. Cada vez que iba a llover todo se oscurecía. Todo. No veías más allá de tu nariz, parecía que saldría un monstruo de aquellas aguas que de día eran un cúmulo de bellezas bastas y paz infinita, pero que con la tormenta eran como entrar a la boca del lobo. Se formaban unas colas de aire, remolinos de agua, que hacían sentir que la laguna te iba a comer. Era algo tenebroso. Las corrientes de aire hacían retumbar las láminas de la casa, algunas veces una que otra era arrancada y el miedo se apoderaba de mis hermanos y de mí, las velas se apagaban y la oscuridad era aún más densa. Recuerdo que nos tapábamos con las cobijas y nos quedábamos dormidos llorando de miedo, era algo aterrador. Recuerdo que mis padres, mi mamá

especialmente, prendía un cirio pascual, pues se creía que calmaba los aires violentos y que los relámpagos se alejaban de la casa.

Una vez que pasaba todo nos gustaba regresar a la ciénega, pues contaban los abuelos y mi papá que en las colas de agua eran arrastrados toda clase de animalitos: peces, culebras verdes y negras, ranas de color café y verdosas, y hasta tortugas de un verde que las hacía ver como limones gigantes. Esos y más animalitos llegaban con las fuertes lluvias, eran arrastrados con las colas de agua que recorrían el río Lerma o bajaban de San Pedro Tultepec, o de por allá de San Nicolás Peralta.

Historias fantásticas me eran contadas por mis abuelos y mis padres. Anteriormente, aquí en la ciénega, alrededor de la arboleda, por la orilla del vivero, se veían luces como bolas de fuego. Se creía que eran las brujas que se convertían en animales y dejaban sus “*pellejos*” ahí en los árboles. Entre aquellas historias que nos atrapaban y nos tenían atónitos estaban los relatos de las sirenas. Ahí, en donde hoy está la clínica —antes se llamaba San Diego— contaban que, como a la una de la tarde, cuando llevaban a las vacas, o, mejor dicho, a los bueyes de las yuntas, a tomar agua, se desaparecían animales y personas porque, supuestamente, los encantaban la sirenas con un canto suave que los dormía, los jalaban al agua y los ahogaban. Algunos que, según se escapaban, contaban que cuando cantaba la sirena y se aparecía era algo muy bonito para quien lo viera.

También recuerdo que nos hablaron de unas cuevas donde había muchos huesos. Yo, con mi jefe o mis carnales, algunas veces pasamos por allí, y en una ocasión nos dio curiosidad de ir a ver si lo que nos contaba mi jefa era cierto. Y sí, sí había osamentas y huesos, algunos grandes y otros no tanto, parecían ser de los bueyes de las yuntas y de los que según ahí se quedaban.

Algo a lo que también había que temerle y tratar con cuidado eran los escorpiones: una especie de reptil semejante a las lagartijas, pero más grandes, con un collar en su cuello de colores brillantes como el cromo, dorados como monedas de oro. En tiempo de calor, cuando recorríamos la parcela recogiendo el zacate, se subían a la canoa para asolearse, imponían el miedo, pues se decía que eran venenosos.

Tiempo después, cuando comenzó el drenado de la laguna, se fue acabando todo. Comenzaron a bombear el agua para el DF como por 1970, y así fue como se secó la laguna. Lo que hicieron fue un crimen porque el agua la sacaron a la mala, solo hicieron negocio. El presidente que estaba se coludió con la gente de allá de México y se llevaron toda el agua. Acabaron con gran parte de la ciénega que conocía, con toda la laguna de Lerma. Se hicieron las redes de drenaje para las fábricas de la colonia Fabela, se contaminó la poca agua que quedaba y se murió todo, toda esa fauna: los peces, las ranas, las tortugas, todo lo que había se acabó, por lo mismo que se llevaron la laguna y que la mayoría se

extinguió es que fue un crimen.

Había montones de carpas que ya solo boqueaban intentando respirar. En los pocos charcos que quedaban se aglomeraba una gran cantidad de peces, de ranas, de todo animal que vivía en el agua intentando sobrevivir. Me invadía una profunda tristeza al ver todo eso, tantas especies, tantos animalitos que desaparecieron. Hicieron una matazón de patos. Metieron armadas, esas armadas sacaban camiones de volteo llenos de toda clase de patos, quién sabe a dónde se lo llevaban. Hoy ya casi no hay, ni en San Nicolás. Los que quedan ya no son ni la cuarta parte de lo que había anteriormente, ya solo los puedo ver en la tele y en lugares que ni conoceré. Ya se está acabando todo.

La ciénega de Lerma era muy bonita, tenía mucha vida, era sustento de muchas familias, de vecinos, de los abuelos, de mis padres, mío y de la gente que empezaba a tener su casita por las zonas cercanas.

La ciénega tenía paisajes de hermosa naturaleza, volteaba al cielo y el día se volvía noche cuando volaban parvadas de miles de patos que surcaban hasta donde mis ojos alcanzaban a mirar. En las zanjas se podían atrapar fácilmente algunos peces, ajolotes y acociles, y todo eso lo mataron sin dudar, sin alma. Una vez seca la laguna, en la parte que correspondía a San Miguel Ameyalco, los aires soplaban furiosos, levantaban polvo y formaban remolinos devastadores que arrancaban árboles inmensos. Eso provocó que muchos pajaritos se fueran, se perdieran.

De chamacos, para nosotros fue algo aterrador, pues los fuertes vientos silbaban alto y lastimeramente, la naturaleza estaba herida, le habían arrebatado a su hija. La laguna de Lerma parecía extrañar el agua de la ciénega, el cielo se volvía negro, lloraba a tormentones y solo la deslumbrante luz de los relámpagos iluminaba el horizonte desolado donde una vez hubo un oasis de vida. El dolor de la ciénega era tanto que, en alguno de esos días de fuertes vientos, lluvias, truenos y relámpagos, vimos cómo uno de estos alcanzó a un enorme toro que se encontraba atado frente a la casa donde vivíamos, allá por la calle de Tito Ortega.

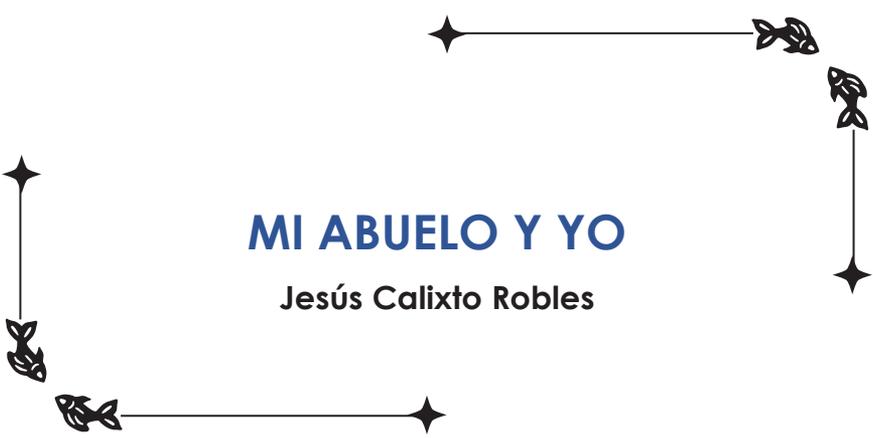
Y esto es parte de mi relato, algo de lo que yo alcancé a ver aquí, donde hace algunas décadas descansaba la laguna de Lerma y de la ciénega que se extendía a lo largo y ancho, desde San Pedro Cholula, San Pedro Tultepec, San Nicolas Peralta, Chignahuapan y más allá.

La naturaleza es muy bonita, pero como humanos nos gusta destruir todo, parece que no pensamos. Dios nos dio la capacidad de pensar y no lo hacemos, no nos ponemos a reflexionar que todo eso ayuda a mucha gente que podía o puede echar mano de esos recursos, esos animales y plantas que se pueden comer.

Son palabras de los recuerdos del Sr. Domínguez, mi padre.



Fotografía:
Lidia Ivonne Blásquez Martínez



MI ABUELO Y YO

Jesús Calixto Robles

Las plateadas aguas de las ciénegas de Lerma eran frías, según palabras de mi abuelo.

—¡Cuán bellos y gratos eran aquellos momentos cuando íbamos con mis hermanitos a pescar ranas! Tenía que ser de noche, pues la oscuridad nocturna nos permitía agazaparnos dentro de nuestras canoas que parecían nueces a punto de romperse en dos, ya que iban repletas de lazos, redes y hasta nuestro perro, un perrito callejero que solo Dios sabe de dónde vino. Recuerdo que estábamos en el fogón, cocinando bajo las brasas un cuartillo de habitas, cuando de pronto escuchamos ladrar en forma lastimera a ese hermoso sabueso. Aunque famélico, se podía ver que no era cualquier animalito. Y efectivamente, pues desde ese día “Pinto”, que así lo bautizaron, vivió con nosotros y volvió nuestra vida feliz.

Es de valorar aquellos tiempos en que, lejos de la civilización, la pasábamos muy bien, pues la modernidad aún no asomaba sus narices. Como les

decía, atrapar algunas ranas no era cosa fácil. Había que emplear alguna estratagema, teníamos que aplicar alguna artimaña, ya que las ranitas casi podían oler el peligro. Arrimábamos nuestra canoa cerca de los lirios acuáticos y, de inmediato, metíamos la red bajo la hierba para luego sacudirla en forma violenta. Si teníamos suerte capturábamos a más de cinco o seis ranitas. Cuando se nos complicaban las cosas, como estrategia última tomábamos nuestras figas, que elaborábamos con un tallo de árbol de encino de unos tres metros de largo, y les poníamos una liana que se abrazaba a cuatro puntas metálicas hechas de alambrón. Esta era nuestra herramienta fuerte y eficaz, ya que no fallaba. En cada embate que propinábamos en el montón de lirios atrapábamos, por lo menos, a ocho ranitas. ¡Qué momentos bellos vivíamos en esa época! Momentos que no volverán.

Cuando daban las diez de la noche, recogíamos nuestros cachivaches y emprendíamos el retorno a nuestro jacal. Y digo jacal, pues lo habíamos construido de paloapique, que era madera de encino, y como techo utilizábamos zacatón. En aquel entonces, los que eran ricos construían sus casas de adobe y teja, las engalanaban con un corredor adornado de macetas con flores muy hermosas: bugambilias, pensamientos, rosas, aretillos, entre otras, las cuales despedían un fragante olor que aromatizaba sus hogares.

Los domingos por la mañana preparábamos de nueva cuenta nuestra canoa, que por cierto tenía nombre de

“coqueta”. Salíamos temprano, sin almorzar, rumbo a la laguna, pero como era un día especial solo pescábamos pescaditos blancos, acociles y patos de agua, también una que otra gallareta.

Ya de regreso, mi madre preparaba, llena de alegría, su fogón, echándole algunos trozos de palos de membrillo y madroño, que no tardaban en arder. Lavaba los pescaditos blancos y los envolvía con unas hojas de maíz, ella los llamaba “tamales de laguna”. Todo parecía que marchaba bien.

Lo malo para nosotros, era cuando nuestra madre nos ordenaba: “¡a ver, mocosos, ahuequen el ala y vayan a traer las gallaretas!” “¡Tú, Anacleto, pela bien los patos, y tú, muchacho del demonio, quítale bien las plumas a las gallaretas!”. “¡Ah, qué fastidio!” —decía mi abuelo, refunfuñando—, pero, como dice el dicho, donde manda capitán, no gobierna marinero. Teníamos que aplicarnos o nos iba como en feria.

Recuerdo que, como todas las mañanas, mi madre me mandaba al molino de nixcome, hoy conocido como nixtamal, para moler mi maíz. Para esas fechas ya la modernidad empezaba a llegar, y doña Cuca, que así se llamaba la dueña del molino, se apresuraba a moler nuestro nixcome. Por cierto, doña Cuca no tenía un carácter nada apacible, era mandona y grosera: “¡A ver, chamaco, pásame ese balde de agua y échalo en la masa!”, “pero, qué no entiendes... anda, rápido, apúrate”. ¡Vieja, hija de...!, mascullaba yo entre dientes, mientras obedecía las órdenes que me daba. Doña Cuca era una

señora que tenía un lunar en la punta de la nariz que la hacía ver como una bruja, de esas brujas que se pasean brincoteando en los tejados de las casonas lúgubres, y en lugar de zapatos se ponía una especie de chanclas rotas que mal formaban los dedos de sus pies.

Una ocasión, cuando ya iba de retorno a mi casa, cargando mi maquila, me llamaron mis amiguitos, que ya a esa hora jugaban a las canicas. “Oye, Chencho”, ese es mi nombre de pila, “ven, vamos a jugar, tráete tus cuirias, si tienes diez tiritos o agüitas, con eso la haces. ¿Qué dices, te animas?” Y yo, sin pensar en las consecuencias, me quedé un buen rato jugando. Por cierto, perdí todas mis canicas. En eso estaba cuando, de pronto, al buscar mi cubeta de masa, ya no estaba donde la había dejado... ¡Chin! ¡Pácatelas! ¿Qué creen que había pasado con mi cubeta de masa? Pues la llevaba como sombrero un puerco. Había metido su cabezota en ella y ya se había acabado de tragar toda la masa. Qué voy a hacer, ahorita que llegue a la casa no me la voy a acabar. Y en efecto, cuando llegué a mi casa mi madre me esperaba con una vara en la mano. Esa vara no era una vara cualquiera. Era una varita de jara, de esas delgaditas que hacen silbar el viento. ¡Ya mamita, ya no me pegues más, mamacita linda, ya no lo vuelvo a hacer!, gritaba yo suplicante. Hoy, al evocar esos momentos, solo sonrío. ¡Cómo quisiera que mis padres vivieran!

Bien, les comento que en ese tiempo nos dedicábamos casi todos los lugareños a cultivar nuestras tierras.

Vivíamos en las laderas de las montañas y ya se imaginarán el hermoso panorama en que estábamos. Desde ese sitio podíamos contemplar el Valle de los espejos, así le decíamos a la laguna de Lerma. Entre octubre y diciembre podíamos ver cómo millares de aves surcaban los cielos y llegaban a anidar en los espesos tulares. Con el brillo del sol parecían rayos tornasol. Nosotros éramos muy dichosos, decía mi papá. Arábamos nuestra fértil milpa y sembrábamos frijolitos de diversos colores: rojos, lilas, amarillos, moteados y negritos. También maicito de cacahuazintle, y con esos tu abuela nos preparaba unos exquisitos elotes; no carecíamos de nada, pues sembrábamos chayotes, habitas, flor de calabaza, huazontles y, como Dios es bueno, la tierra húmeda aún producía en forma silvestre chivitos o chivatitos, quintoniles. Esto en los meses de marzo y abril. ¡Ah, pero también en julio y agosto cortábamos nabitos, que ya maduros se convertían en los llamados corazones que mi madre guisaba con destreza! A detalle no puedo saber cómo los hacía, pero recuerdo que utilizaba manteca de cerdo, cebollita, claro que primero los hervía agregándole una pizca de tequexquite, dizque para que los quelites mantuvieran su color natural.

Nuestro jacal —me decía—, debes saber que lo hice a base de tesón, y nuestra cocinita, utilizando un poco la inteligencia que papá Dios me dio, la pude construir de adobe. Fueron quinientos adobes que con la ayuda de tu abuela hicimos. Yo aflojaba la tierra, la acarreaba con dos botes que cargaba nuestro burrito, luego que completaba la cantidad requerida, le ponía agua

suficiente, no sin antes amasar con mis pies descalzos y echándole una paca de paja para que con la lluvia los adobes no se erosionaran. En el interior de la choza solo teníamos dos petates, esos petates que mi compadre Pancho, el de Almoloya del Río, me regaló.

— Oye, tu compadre Pancho, ¿no es el mismo al que lo espantó un nahual?

— El mismo —contestó.

— Dime, abuelo, anda, cuéntame ese suceso.

— Pues verás, según mi compa, ya estaba descansando en su cama.

— ¿En su cama?

— Sí hijo, mi compadre era de los más adinerados y podía darse el lujo de tener una cama con sus dos burós. Como te dije, estaba cavilando a punto de dormir, cuando de pronto escuchó un fuerte alarido, era como si un lobo aullara. Esto paralizó a mi compadre y, con los pelos erizados, se levantó, poniéndose sólo sus zapatos. Se dirigió a su otra habitación, descolgó su Mauser y, encaminándose por el patio, se agazapó y atisbó detrás de la cerca de tejamaniles. De súbito, apareciéndose de la nada, surgió una silueta diabólica. Era, según él, una especie de hombre lobo, sus ojos parecían llamas de fuego, sus dientes eran horripilantes y en lugar de manos tenía unas garras afiladas. Lleno de terror, mi compadre le disparó a quemarropa. La bestia pegó un alarido y, retorciéndose en el aire, cayó de bruces

azotando con fuerza en el piso. Mi compa Pancho, reaccionando, se metió corriendo, y lleno de terror balbuceó: “Padre nuestro que estás en los cielos...”, se persignó, rezó cuatro aves Marías y trató de conciliar el sueño.

Al otro día, salió precavido y asomándose en el patio no vio nada, solo un sombrero tirado en el lugar donde había caído ese ente diabólico. Poco después se supo que un vecino de nombre Nicanor había fallecido, víctima de un disparo de arma de fuego. ¿Coincidencia? Tal vez. Dicen hoy las malas lenguas que Nicanor era en realidad dicho nahual. Sea cual fuere la verdad, yo no lo puedo afirmar. Eso es lo que mi compadre Pancho me confió —finalizó mi abuelo—.

— ¡Ah, pero volvamos al punto toral de esta narrativa! Cuéntame un poco más de lo que viviste cuando eras joven, o mejor, cuando eras un chiquillo.

— Sí, hijito, con mucho gusto te contaré mis experiencias, mis cuitas y mis penas.

Tu abuela y yo, para ayudarnos con los gastos, criábamos algunos animalitos como patos, guajolotes, borregos chivos y vacas. Para los patos tuvimos que construir zanjás, allá con el agua estancada nacía mucha lentejilla que se comían los patos y, aprovechando los pastizales que crecían en las orillas de la laguna, sacábamos a pastar nuestro ganado. Tu abuela me preparaba unas enchiladas que envolvía en una servilleta, la cual yo amarraba en mi cintura y a

eso de la una de la tarde desenvolvía mis enchiladas, elaboradas de chile guajillo y un poco de sal. Recogía las llamadas boñigas, que era el estiércol seco de las vacas, armaba una fogata y con eso calentaba mi comida.

Este convento se convirtió, en 1888, en la hacienda de San Nicolás Peralta. La heredó el joven Ignacio de la Torre, y a su hermano Tomás de la Torre le heredaron la hacienda de Santa Catarina. Allá tenía el ruedo y a los toros bravos. Hasta ese lugar llegaba el tren particular del presidente de la República Mexicana. En dicho redondel lidiaban con toros traídos de España los famosos toreros Armillita y Gaona, y otro de nombre Rafael, no recuerdo su apellido.

— ¡Oh, abuelo! ¡Qué interesante esto! Pero sigue, sigue por favor.

— Sí hijito, como te decía, nuestro pueblo tiene mucha historia. Ejemplo de ello es que “la niña Amada”, esposa de Ignacio de la Torre, salía a pasear los fines de semana con sus sobrinitos, hijos de su hermana Luz Díaz y de su cuñado, Rincón Gallardo. Dicen que le encantaba visitar los pueblos aledaños, como San Lorenzo Huitzilapan, que fue fundado en la misma fecha que la nuestra, el ocho de junio de 1560. En ese entonces no tenía ningún barrio, solo San Lorenzo figuraba en los anales históricos. También iba de paseo en nuestro pueblo, Santa María Tlalmimilolpan, llamado así por los españoles, y que es una conjunción del castellano y náhuatl cuyo significado quiere decir “tierra rodante” o “tierra que se desliza”. El nombre

de María fue en alusión a que así se llamaba la virgen morena. El nombre en otomí era N'dobuni, y significa “semilla del conocimiento”, aunque algunos dicen que quiere decir “Semilla del olvido”.

— Abuelo, abuelo —cuestioné—, cuántas hectáreas tenían en ese entonces las ciénegas de Lerma.

— Sí hijo, te lo diré. Unos cuentan que eran más de 30 000 hectáreas y comprendía esa dimensión desde Almoloya del Río, Metepec, Mexicaltzingo, obviamente todo el valle de Toluca hasta Xonacatlán y Oztolotepec. Hoy, dicen los expertos en la materia, se cuenta con un poco más de 3000 hectáreas.

— Oye abuelo, ¿por qué desapareció tanta agua?

— Hijo, esto es largo de contar, pero te diré lo más básico. Dicen que en 1757 un tal Jacobo García, escuchando al gobierno español, intentó desecar la laguna para sembrar la tierra, aunque fue hasta 1856 cuando más se intentó dicha desecación, siendo gobernador del estado de México Vicente Riva Palacio.

Se asegura que los hacendados Manuel González, dueño de la hacienda El Cerrillo, y Gregorio Mier y Teherán, dueño de la hacienda de San Nicolás Peralta, fueron los que, en conjunto con el gobierno del Estado de México, financiaron la magna obra para la desecación de la laguna de Lerma. Esto en el año de 1870. Y corría 1888 cuando, con mayor fuerza, intentaron consolidar ese proyecto, pero gracias a la organización de los pueblos originarios no pudieron llevar a cabo su objetivo. Ya en

el año de 1912 el gobierno, a través de Luis G. Saldívar, intento de nueva cuenta la mencionada desecación, pero no contaban con el llamado caudillo del sur, Don Emiliano Zapata, que se alzó en armas en contra del gobierno y bajo su lema “Tierra y Libertad” impidió se cristalizara tan tremenda injusticia.

— Entonces —pregunté —, ¿gracias a ese personaje no prosperó tan vil y abyecto plan?

— Así es hijo, gracias a ese hombre nacido en Anenecuilco, Morelos, no se llevó a cabo esta mala decisión.

— Oye, abuelito, ya para terminar, cuéntame cómo trasladaban el agua y de dónde la sacaban. Y me refiero el agua que en aquel entonces tomaban.

— Claro. El agüita que consumíamos la íbamos a tomar directamente de los manantiales que brotaban por doquier. Existían los famosos ojitos de agua. ¡Qué hermosos se veían! En todo momento fluían agua y arena. Pero en la década de los cuarenta, el gobierno del Distrito Federal, a través de la Secretaría de Recursos Hidráulicos, se llevó el agua para la capital, dejándonos sin nuestros manantiales. ¡Todos los ojitos de agua desaparecieron! Nos habían arrebatado nuestro vital tesoro, dejándonos en la miseria y abandono. Solo Dios está con nosotros y sabemos que él jamás nos abandonará.

— Cuéntame, cuéntame abuelito, dime qué sucedió cuando viste una bruja.

— ¡Ah sí! En esa ocasión veníamos como a eso de las 12 de la noche de Mimiapan, un pueblito del municipio de Xonacatlán. Éramos cuatro, mis cuatachos y yo, y al llegar a nuestro pueblo uno a uno se fue despidiendo. Yo, como vivía hasta el monte, quedé como último. Faltaban como dos kilómetros para llegar a mi jacal, en eso que miro hacia atrás y me pareció observar cómo una bola de fuego se prendía y apagaba, pero lo curioso es que volaba de un lado a otro. ¡Híjole!, dije mientras mis dientes chocaban entre sí, creo que es una bruja o un brujo. Si es bruja, no me debo de preocupar, pues ellas solo chupan la sangre de los bebés y yo ya estoy grandecito, pero si es brujo, aguas, porque me puede levantar y, en pleno vuelo, me puede arrojar entre los magueyales o, peor aún, en las barrancas. Pero haré que no he mirado. Apresuré el pasó, ya sin voltear, sólo miraba de reojo. Justo cuando faltaban tres o cuatro metros de distancia para llegar al corredor de mi jacal, que le digo unas maldiciones. Apenas le acababa de gritar cuando, rápido como un bólido, voló hacia mí y me intentó levantar. Yo me agaché y sólo me arrancó mi sombrero. En eso, al escuchar el ruido, se levantó mi papá y, con su escopeta en mano, intentó dispararle. ¡Fue en vano! La bala no salió. ¡Maldito ente demoniacol!, dijo mi papá. Alcanzamos a percibir un olor poco grato, el aroma era fétido, nauseabundo. ¡Maldita bruja, así no nos llevamos!, y de pronto que se escucha el disparo que antes no había salido. Como por arte de magia salió en ese instante, sin que nadie presionara el gatillo. ¡Ah jijo de la jijuria!, por poco y soy difunto, dijo mi papá.

— Sigue contándome, abuelito, y dime de algunos dichos o refranes que contaban tus amigos.

— Sí, hijo. Me acuerdo de lo rica que es nuestra cultura, pues sus dichos y refranes populares fueron y son muy conocidos. Por ejemplo, cuando alguien de los vecinos muere, algunos dicen “ya se petateó Pánfilo, el boticario”, otros “ya chupó faros”, algunos “ya colgó los guantes”, otros tantos: “se lo cargó la tiznada” o bien “ya entregó el equipo”, también “ya lo cafetearon”, así como “ya se lo cargó el payaso”, y otros más groseros “ya se lo cargo la ching...”. En fin, hijo, nuestra lengua, usos y costumbres son un mosaico de metáforas, nuestro léxico es muy envidiado incluso por otros países, pues aplicamos muchos sinónimos, parónimos y antónimos.

— Abuelo, y los otros pueblos ribereños, ¿a qué se dedicaban?

— En esa época, casi todos tenían como oficio cazar y pescar. Se dirigían a las montañas y cazaban armadillos, ardillas y una que otra gallinita de monte. También fabricaban petates, aventadores, canastas hechas de membrillo y de ocote. Otros tenían el oficio de tlachiqueros, por lo que tenían que sembrar muchos magueyes. No tenían que invertir mucho dinero, pues los magueyes macollan bastante: de una planta brotan de diez a veinte plantitas, y provechaban todo lo que producían, desde el aguamiel, que según algunos se les daba a beber a las personas que padecían anemia. Otros, ya fermentado, disfrutaban el sabroso pulque. ¡Es el chamaquero!, solían decir los hombres. Tómalo

y verás, tu señora va a tener muchos chilpayates. Y efectivamente, la mayoría opinaba lo mismo, ya que, según algunos, este líquido ya fermentado es afrodisíaco.

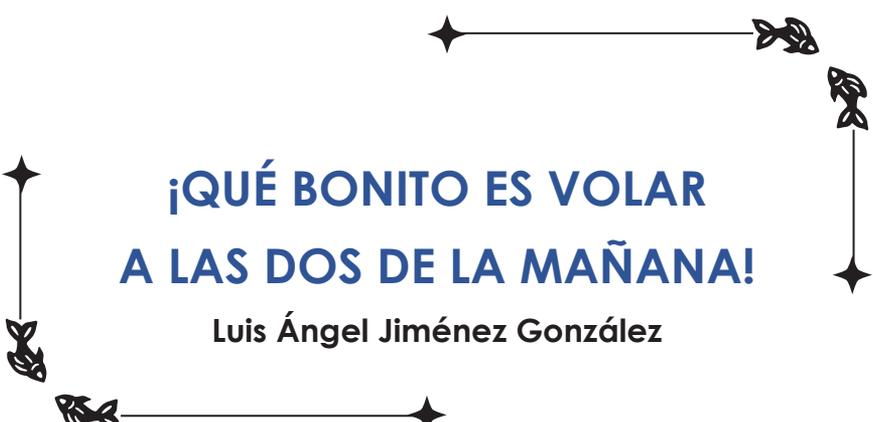
En fin, hijo, lo que sí sé bien es que nosotros de alguna forma tuvimos mucha ventaja al nacer en la vera de la laguna. Nuestro origen, según la arqueología, data ya de más de 6 mil años. Debemos sentirnos orgullosos de ser otomíes. Jamás te avergüences de tu raza, ni del lugar donde naciste. ¿No has pensado por qué la gente adinerada prefiere vivir cerca de un lago? El agua representa la vida misma, sin ella no existiría ningún ser vivo. ¿No has pensado por qué los españoles construyeron el convento de los padres Carmelitas? Debes saber que, en 1560, para ser exactos el día 8 de junio, siendo Virrey de la Nueva España Don Luis de Velasco, nos otorgaron las mercedes reales: una gran extensión de terreno que, según cuentan, llevaba nuestros límites hasta Tacuba. Bien, en época de la colonia, es decir, en 1780 aproximadamente, llegaron por estas tierras los evangelizadores que en este caso fueron los padres Carmelitas, que adueñándose de estos lugares construyeron dicho convento. Poco después lo vendieron a un tal Miguel Cerón y este a su vez volvió a vender a Don Gregorio Mier y Teherán, quién fue padre de doña María Luisa, quien después se casaría con Isidoro de la Torre, naciendo de este matrimonio Ignacio de la Torre y Mier, quien a la postre se convertiría en esposo de la hija del aquel entonces presidente de México, Don Porfirio Díaz Mori. Dicha hija se llamó Amada Díaz Quiñones.

Pero, hijo, – dijo mi abuelo- ya es muy tarde, ya casi son la una de la madrugada y tengo que ir a mi jacal. -Decía esto, mientras mecía sus piernas sentado en el brocal del pozo de agua, que sus abuelos habían construido en medio del patio de lo que hoy es mi hogar.

El anciano se levantó y despidiéndose de mí se alejó cantando la canción más popular de México, el “Cielito lindo” en su lengua natal, es decir, el otomí: “Ay, ay, ay, ay. Tuju jin gi nzoni, xo buintuju ra mpöjö, raz’ö tsi jitsi yuyo tsi mui”.



Fotografía:
Lucia Montes Ortiz



¡QUÉ BONITO ES VOLAR A LAS DOS DE LA MAÑANA!

Luis Ángel Jiménez González

¡Ay, qué bonito es volar a las dos de la mañana, a las dos de la mañana, ay qué bonito es volar, volar y dejarse caer en los brazos de una rama!, silbaba la mascarita (*Geothlypis speciosa*)¹, mientras sobrevolaba las Ciénegas de Lerma. A pesar del intenso amarillo en su pecho, para la noche oscura no hay más que un solo color, un solo tono: la mascarita se difumina y se transforma en una silueta fugaz que raya el cielo estrellado de Lerma.

En eso, una distinguida garceta blanca (*Ardea alba*)² desplegaba su elegante vuelo en la oscuridad de la noche. Sus alas se desplegaban como dos trozos de ligera seda. Es una de las aves más refinadas en el reino de las aves. De batidas lentas o rápidas, según su especie, siempre dibuja una figura sinuosa que reclama miradas mientras vuela, y aun así mantiene su fineza bañada

1 Es un ave paseriforme de la familia Parulidae, endémica del eje volcánico transversal. Se encuentra en las cercanías del río Lerma, así como en Michoacán, Guanajuato y el Estado de México. Le gusta vivir en humedales de tierras altas y frías.

2 Es un ave de la familia Ardeidae. Es parcialmente migratoria. En México, esta garza ha sido observada en todos los estados del país. Habita todo tipo de humedales de regiones templadas y tropicales.

en aguas moribundas. La mascarita transvolcánica no pudo más que quedarse asombrada.

A esa hora, calma y serenidad reinan en los cielos de marzo y abril en Lerma. Por esos meses, los alisios alcanzan sus mayores velocidades (entre 10 y 20 kilómetros por hora), suficiente para despejar la nubosidad y dejar al descubierto la faz del cielo estrellado. Ya para junio, con ayuda de la morfología de la cuenca, los vientos favorecerán la formación de sistemas de alta presión que provocarán precipitaciones fuertes de más de 30 milímetros, suficientes para saciar la sed de la moribunda ciénega.

Lamentablemente, esto no sólo sucedía aquí, observaba la mascarita, pues con cierta autoridad antropológica debido a sus constantes viajes dentro del bajío mexicano (desde el Río Lerma, pasando por Michoacán, Guanajuato, y el Estado de México), la paseriforme, endémica del sistema orográfico Tarasco-Nahua,³ se daba cuenta de que su hábitat ha sido destruido poco a poco.

A pesar de la oscuridad de la noche, la luna iluminaba la cuenca de Lerma. La mascarita, silbando, no dejaba de sobrevolar el cielo estrellado, disfrutando de esa libertad tan íntima que solo la noche puede dar. Pensaba, mientras volaba, en qué había más allá de estas montañas que flanqueaban a la cuenca.

Desde hace algunos millones de años, este espacio morfotectónico dio origen a un importante número

3 Mondragón en Galindo y Morales, 1930.

de cuencas y subcuencas endorreicas. Esos cuerpos de agua constituyeron una parte importante en la constitución del paisaje. A través del drenado de sus montañas, la cuenca recolecta importantes flujos de agua, producto de las precipitaciones anuales, así como de los manantiales que brotan después de un largo recorrido que proviene de los mantos acuíferos a la superficie. Y una vez ahí, la gravedad los lleva a la parte más baja de la cuenca, en donde se forman importantes cuerpos de agua, como los de Lerma, y de donde es originaria nuestra mascarita transvolcánica.

Mientras volaba, algo llamó su atención, por lo que de inmediato bajó a la rama de un arbusto. Con precaución y delicadeza, se afianzó con fuerza a un tule y vio a un pato ir de un lado a otro con cierta ansiedad. Era un pato golondrino (*Anas diazi*) que, al parecer, no había podido conciliar el sueño, pues se veía muy despierto.⁴

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó la Mascarita—.

—Estoy un poco nervioso —contestó Golondrino—, pues estoy preparándome para un largo viaje.

Efectivamente, el anátido debía emprender, como cada año, su regreso a los lagos del norte de América, atravesando las grandes planicies del desierto mexicano y del vecino país norte.

—Pero si año con año lo haces, ¿por qué sientes

4 El pato golondrino (*Anas acuta*) es un ave que habita en el norte de los Estados Unidos y Canadá. Año con año es visitante de las cuencas de Lerma, espacio que utiliza para pasar el frío invierno del norte.

temor? —replicó la Mascarita—.

Lo que preocupaba a Golondrino no eran las cuestiones logísticas del viaje, sino lo que iba percibiendo como una constante desde hace algunos años: muchos de sus congéneres de bandada se habían enfermado, y en otras bandadas comenzaba a pasar lo mismo. Golondrino, asustado, lamentaba los hechos. Un temor a volar le invadía cada que tenía que emprender el viaje de regreso, y lo mismo cuando el invierno lo empujaba a estas charcas malolientes y contaminadas.

Para aumentar más su temor, hace algunos días había escuchado que la población de aves había disminuido en 2.3 billones menos desde hace algunas décadas. Esto debido a causas como el cambio de uso de suelo, el uso de insecticidas y el crecimiento de las ciudades. Se escuchaba también de un nuevo fenómeno, relacionado con una aparente desorientación provocada por una alteración en el campo magnético terrestre.⁵ Las aves se pierden, contaban, debido a que los mapas mentales de las rutas migratorias se encuentran estrechamente ligadas al campo magnético terrestre, tal como lo hacen las ballenas y otros seres vivos.

—Esto se va a poner peor —dijo Golondrino a la Mascarita—. Cada año que arribo a esta cuenca, noto que hay más y más construcciones. Las aguas que

5 El núcleo de nuestro planeta está conformado por metales en estado líquido. El movimiento de la tierra en tanto cuerpo, aunado a la presencia de estos metales, genera un campo magnético, como si fuera un imán con polos positivo y negativo. Entonces, el campo magnético, es un tipo de cubierta alrededor de nuestro planeta.

antes cubrían vastos espacios ahora no son más que charquitos donde apenas hay para alimentarnos. La cosa está dura, de seguir así no sé qué pasará. Mi dieta es muy especial. Se compone de invertebrados y ya casi no hay en estas aguas. Supuestamente, vengo a pasar aquí el invierno porque el norte es muy frío y, sin embargo, ya no alcanza para alimentarme bien y cada vez me cuesta más esfuerzo hacer este largo viaje. Estoy pensando en dejar de hacerlo.

—¿Por qué no te vas para el norte? —preguntó la Mascarita.

La Mascarita, atenta a las palabras del pato golondrino, no dimensionaba la distancia y el esfuerzo que ese gran viaje requería. Acostumbrada a su cuenca, a sus ciénegas, nunca iba más allá de los lagos del bajío. Y, sin embargo, año con año arribaba una enorme cantidad de aves que recorrían más de 3 mil kilómetros en busca de un lugar cálido para pasar el crudo invierno del norte.

Por desgracia, los espacios a donde arriban poco a poco se han ido reduciendo. La realidad de la mascarita cambió radicalmente a partir de los años setenta y ochenta. Esto era algo que tanto golondrino como mascarita nunca habían imaginado. Esta realidad boscosa fue transformándose paulatinamente.

El ser moderno, temeroso ante la confusión y con miedo a perderse en este enorme mundo, comenzó a derribar árboles para cruzar ríos y abrir más canales

de comunicación en un mundo sin mapas. Provocó la extinción de miles de animales para poder alimentar a poblaciones enteras, desde la primera chinampa comenzó la transformación. Hoy acudimos a la última palada que terminará por cubrir los milenarios espejos de agua.

La nueva forma de organización social agrupó a las comunidades en torno a un centro rector. Aglomeradas las personas, comenzó la contaminación de estos centros. Los efectos del fecalismo superficial en aldeas aglomeradas y sin drenaje se dejaron sentir al poco tiempo, de manera que los cuerpos de agua fueron contaminándose cada vez más. Entre la amplia gama de vida que podemos encontrar en esas aguas, se ha demostrado la presencia de enterobacteriaceae, específicamente de especies como *E. coli* y *Shigella*. Estos habitantes indeseables exceden la norma en relación con su población. Es decir, hay una alta densidad de ellos. En pocas palabras, nuestro pato golondrino, inquilino anual, nada acompañado de estos habitantes en un fluido espeso y verdoso.

Finalmente, Golondrino emprendió su vuelo de regreso. La ciudad ha cambiado tanto desde su última visita. Las montañas, flanqueantes fronteras naturales, siguen siendo testigo de esas fúnebres luces que en las casas se prenden cada noche y cada amanecer, avanzando y penetrando cada vez más en esta realidad boscosa y florida.

La migración, como la que emprende Golondrino,

año con año desde hace muchas generaciones atrás, quizá desde hace milenios, es un proceso natural en todas las especies vivas del planeta, incluyéndonos, por su puesto. Esta se ha definido como el tránsito o desplazamiento periódico y cíclico a gran escala de poblaciones mundiales, tal como lo hacen nuestros grupos humanos y los miles de golondrinos que visitan las ciénegas de Lerma.

Durante las primeras semanas de mayo inicia uno de los procesos de migración más maravillosos del mundo. Ocorre año con año en el continente americano, donde millones de aves de cientos de especies viajan miles de kilómetros, atravesando enormes extensiones del continente en busca de un lugar cálido para pasar el invierno. Varias especies realizan este viaje acompañadas, ya en bandadas, ya en parvadas. Incluso las hay también mixtas.

Por otro lado, según el Informe sobre las migraciones en el mundo de la ONU, se estimó que para el año 2020 había en el mundo 281 millones de migrantes. De igual forma, estas movilizaciones se daban en grupos, muchas veces mixtos, para los que el principal objetivo es encontrar mejores condiciones de vida, ya que sus cuencas, sus ecosistemas, han dejado de proporcionarles servicios tan básicos y necesarios como el agua potable.

Mascarita, por su parte, intenta subsistir en su cuenca, es nativa y siente una profunda interconexión con su medio. Ambos se necesitan. No puede imaginar

el largo y peligroso viaje de Golondrino porque, en su mente, sólo existe la cuenca y los límites bien definidos que marca la sierra, orgullosa de frenar, hasta cierto límite, la mancha urbana.

Mascarita se afianza a su cuenca, necesita de ella para sobrevivir, pero su cuenca ya no puede ofrecerle más. Ante tales condiciones, ¿abandonará su realidad boscosa en busca de algo parecido en una mejor tierra? ¿Cambiará su realidad boscosa y florida por una urbana donde las ventanas de los grandes edificios aumentan las probabilidades de morir? ¿Es el norte su salvación? Al menos eso es lo que le pintan, pero la Mascarita transvolcánica, fiel a su territorio, apuesta por éste, por sus tules, y aguas fangosas, con todo y que es considerada una especie en peligro de extinción. Hay entre 2 mil quinientos y 10 mil ejemplares en todo el mundo. Su población comenzó a decrecer a partir de los años ochenta como consecuencia de la pérdida de su hábitat, debido a la urbanización del ecosistema, provocando reducción y desecamiento de los cuerpos de agua de los que depende para subsistir.

¡Ay, qué bonito es volar a las dos de la mañana, a las dos de la mañana, ay qué bonito es volar, volar y dejarse caer en los brazos de una rama!, volvió a silbar la Mascarita transvolcánica, mientras los primeros rayos de sol iluminaban el centro de Lerma. La paz de la noche cedía su turno al ajetreo del día. En eso, Mascarita voló y voló hasta que desapareció en el fulgurante mar de arriba.



Fotografía:

Lidia Ivonne Blásquez Martínez



LAS PALABRAS DEL VIEJO NINO

Karen Lizbeth Guevara Suárez

De tantas historias que se han contado sobre la ciénega de Lerma, existe una que ha dejado en mí reflexión y herencia: la historia del viejo Nino. Aquel señor que en un frío diciembre me llevó con sus palabras, tiempo atrás, a recordar y hacer real la frase “*uno siempre vuelve a donde fue feliz*”. Con tanto fervor, el viejo Nino habla para guiarme sobre su andar en un pueblo que colinda con la cuenca del alto Lerma.

Cada vivencia le sale tan natural, como si desgranara maíz con sus manos. Su historia comienza con los mexicas, elegidos para construir un vasto imperio, pero quienes no tenían idea de que la condena de la cuenca de Lerma, aquella que mantuvo a varias culturas del valle del Matlazincó, sería dictada por el propio hombre.

El viejo Nino comienza a sacudirse, como intentando obtener más recuerdos. Le vienen a la mente su infancia y esos manantiales que podían subsistir con la caza de garzas y patos. Él, siendo un niño, se divertía entre mascaritas, gorriones, tordos, jilgueritos y ranas. Se divertía al entrar en esas aguas poco profundas, tan

claras, y tener la dicha de ver de cerca a los ajolotes, acociles y caracoles.

Le llegan recuerdos de cuando se escapaba para construir una champita y de cómo buscaba pedazos de ocote para la fogata, que ardía cada vez que contaban una y mil veces la leyenda de Pedro el negro: siempre fue un misterio su cueva de la cañada. Y el Viejo Nino esperaba nunca escuchar la temida frase: “*O todo o nada*”.

Con risas, el viejo Nino pregunta: ¿has escuchado sobre las sirenas y los sirenos? Lo miro a los ojos con asombro y él continúa envolviéndome en sus maravillosas palabras. Con voz sigilosa, se refiere a la sirena de la laguna de Chimaliapan, aquella sirena que destacaba por su larga cabellera de color dorado y que, sentada en una piedra, se acicalaba con un peine de hueso junto a los sauces llorones que resguardaban su trono a orillas de la Hacienda Texcaltenco. Diosa de los animales acuáticos.

¿De qué tipo de animales acuáticos estamos hablando?, pregunté con curiosidad. Siguieron las risas del viejo Nino y, con voz más baja, me dijo: culebras, ranas, ajolotes, escorpiones, acociles y carpas, pero no pidas conocerlos.

Cuenta la leyenda que cada arriero que se enamoraba pedía a la sirena matrimonio y, en cuanto aceptaban mantener a los hijos de la sirena, ésta los jalaba a la laguna con ayuda de sus súbditos. Se rumora que un

audaz arriero logró sacar a la sirena antes de que los animales lo hundieran en el agua, llevándola al estado de Morelos. Es por eso que allá se presume de bellos manantiales. La sirena era el corazón de la laguna de Lerma, y sin ella los manantiales perdieron su esplendor.

La inmensidad de la laguna da para mucho, me dijo con mucha firmeza. Me preguntó si había visto que, a pesar de que se ha convertido en un depósito de aguas residuales, continúa siendo un refugio de aves migratorias. Supe ahí que tenía una buena leyenda para esto y con un *“nadie sabe a ciencia cierta...”* me entretuvo otro buen rato.

La laguna sigue custodiada por una deidad que intimida. Describió al legendario sireno que, con atuendo de charro, mitad hombre y mitad pez, aparecía en la penumbra para dos cosas: encantar a las mujeres de nuestros pueblos y ahuyentar a los cazadores y pescadores.

En su cara vi cómo él quería ser aquel sireno, guardián de la laguna con el poder de recuperar la belleza de la ciénega, como quería que esas aguas residuales, producto de las actividades económicas, desaparecieran, y que esos más de doscientos manantiales tuvieran un rescate efectivo. Cómo quería convertirse en custodio de esta herencia.

Me queda claro que la mente del viejo Nino está en nuestra tierra, en nuestra gente, en nuestra laguna. Menciona que la sociedad no entiende cuál es nuestro

lugar en la naturaleza y que el desarrollo industrial ha hecho de los manantiales terrenos para el desagüe, convirtiéndolos en pantanos.

Sí, somos libres, dice con fuerza mientras sostiene su bastón, pero la libertad no es hacer lo que uno quiere, es poder elegir algún camino. Pero no aquél que nos haga perder y destruir la herencia de nuestros hijos, sino el que permite dar a cada cual lo que se merece. Es construir una autoridad moral, por el bien de todos, entre la naturaleza y ser humano.

Aquellas palabras fueron clavadas en mi cabeza. ¡Claro que el viejo Nino tiene toda la razón! Y es que el desarrollo social tiene una relación directa con el medio ambiente, lo cual garantiza y determina las condiciones y calidad de vida de las personas en sociedad. La formación dentro del seno familiar, las creencias, costumbres, ética y el cuidado de los recursos naturales determinan nuestro entorno.

Nuestra civilización ha contribuido al deterioro de la cuenca del alto Lerma, afectando sustancialmente la disponibilidad de sus recursos naturales y la salud de sus habitantes. Nuestra civilización provoca amenazas para la supervivencia de la especie humana. Debe existir un equilibrio entre la sociedad y su medio ambiente para mantener recursos vitales para el ser humano: calidad en el aire que respiramos, agua potable, alimentos inocuos, asentamientos aptos para nuestras viviendas, todo con la finalidad de alargar la esperanza de vida, así como la productividad del ser humano.

Cada uno de nosotros ha actuado de manera poco positiva en lo que respecta a nuestro ecosistema. Tampoco hemos valorado el potencial de los lugares que poblamos, explotando irracionalmente los recursos que la naturaleza nos da, generando desigualdad ambiental y patrones de escasez que representan importantes desafíos para las sociedades rurales y urbanas.

¿Cómo podemos rescatar el lugar que el viejo Nino recuerda con tanto cariño? Ese lugar lleno de vida. Sabemos que tiene gran resiliencia ecológica, pero ¿qué tipo de especies están habitando ahí? Lirio acuático, planta no endémica que pone en peligro la ciénega, sin olvidar la carpa y la tilapia, especies exóticas que fueron introducidas por su alta capacidad de sobrevivencia, pero que han dejado muy pocos ejemplares de acociles, charales blancos y otros peces mexicanos.

¿Dónde quedaron aquellos platillos que degustaban nuestros antepasados? Esas ranas que al calor de las brasas quedaban exquisitas, las tortillas de maíz azul cosechado en las milpas cercanas a las aguas claras de la laguna, los charales y acociles que, con un poco de limón, realzaban su sabor, y los tlacoyos, que llenaban cualquier vacío en el estómago.

Sé que el viejo Nino no volverá a ver ese esplendor, y quizás yo tampoco. Tal vez jamás volveremos a escuchar sus palabras, y espero que no solo en mí haya dejado una reflexión sobre nuestro actuar con la naturaleza. Tal vez esas 27 mil hectáreas perdidas sean suficientes para crear conciencia sobre la conservación

de los humedales remanentes, para asegurar servicios ambientales en pro de la ciénega y que se preserve la poca diversidad que nos queda.

Quizás algún día tenga que contar mi propia historia, aunque estoy seguro de que no será tan majestuosa como la del viejo Nino, tan llena de recuerdos de la naturaleza. Tal vez nunca vuelva a ser el bello paisaje en donde se podían tejer petates con tule a la orilla del rio, pero si será una historia llena de vivencias para salvar lo que nos queda de este patrimonio natural.

En mi mente quedará plasmada cada palabra del viejo Nino. Y me quedo con su última enseñanza: *“Un revolucionario nos es quien carga un arma, sino quien busca un verdadero cambio social”*.



Fotografía:
Lucía Montes Ortiz



LA CUIDADORA DEL HUMEDAL

Luis Enrique Salvador Ortíz Morán

Hubo un tiempo en que el agua reinaba, en que mi mundo ocupaba un vasto espacio del lugar que los seres de dos pies llaman planeta. He oído que la vida emergió de donde provengo, que uno de mis ancestros se aventuró a salir de nuestro sitio para explorar la tierra. ¡Oh, pero que osadía! Lo que sucede tiempo después distanciaría a mis ancestros de los “*hombres del maíz*”.

No recuerdo de dónde provengo, ni tampoco sé quiénes me engendraron. Cierto es que llevo en mi ser, corazón y mente, con andar saurópsido, el cuidado de mi hogar y de los seres acuáticos que me rodean. Mi origen es un misterio, pero lo importante no es dónde me origino, sino mi encomienda: ser protectora de mis hermanos lacustres que han servido de alimento para los humanos. Aunque no solo los cuido a ellos, también cuido y defiendo nuestro hogar del hombre, a quien en ocasiones se le olvida que si nos lastiman con su suciedad y mala fe, nuestra bondad y fraternidad pueden convertirse en muerte para ellos.

He vivido mucho tiempo, más del que pueden imaginar. Vi cómo los seres de dos pies, primeros habitantes llamados Matlatzincas, usaban sus redes para sacar peces, ajolotes, carpas, acociles, ranas y víboras. También papas de agua y gran variedad de quelites, los cuales usaban para acompañar los exquisitos manjares que la ciénega les facilitaba. Y qué decir del tule, fibra con que hacían sus utensilios, muebles, encerres y hasta mortajas. Aves en abundancia se posaban sobre las planchas de tule, dando una vista hermosa a los atardeceres, para luego volar en parvada hacia sus nidos.

Con todos los manjares que la ciénega proporcionaba, exquisitos platillos preparaban sus habitantes. Desde tamales de pescaditos hasta ajolotitos cocidos en el rescoldo. Había gran variedad y diversidad en los alimentos que se obtenían de la laguna, muchos de ellos con una gran riqueza alimenticia: acociles acompañados con ensalada o picadillo de vegetales, carpas, enchiladas o fritas, y qué decir de los patos en salsa verde o mole. Todos satisfacían la alimentación de los hombres.

Un día, dispuesta a presentarme y conversar con mis hermanos humanos, ya pasado el tiempo en que los hombres blancos habían llegado a estas tierras y sometido a los hombres que usaban la red, la impresión que tuvieron al verme fue de terror por mi apariencia.

Una tarde, mientras dos señores andaban en la laguna, a lo lejos escuché a uno que decía:

Mire nomás, compaito, qué es esa cosa de allí. Parece una mujer, pero pus no creo, oiga. Allí no puede estar. Mire nomás qué cosa tamos viendo, ¿ya la vio que se le miran los pechos? Pues onde cree que haiga salido. Y mire nomás, Dios nos libre, ya vio que no tiene pies. Eso no es humano, oiga, tiene cola de culebra y vea cómo la están rodiando los acociles y ajolotes en su cola. ¡Vámonos, compaito, vamos a contarles lo que hemos visto a los del pueblo! (Don José P. 65 años, diciembre de 2018).

Por mucho tiempo los humanos tuvieron miedo de mí. No se metían al centro de la laguna, solo por las orillas tiraban su chinchorro, recolectaban ranas, acociles y demás flora y fauna que utilizaban para comer. Los más aventureros, tenaces y valientes se atrevían a entrar al centro en busca de tule que ocupaban en la elaboración de utensilios para sus hogares: petates, sopladores, banquitos, figurillas y demás adornos con que decoraban sus casas. A aquellas personas que visitaban mi mundo más seguido, y como parte del reconocimiento de su familia por sus actividades lacustres, a su muerte les colocaban una mortaja de tule, que consistía en varias herramientas simbólicas que los ayudaban en su camino al más allá.

El respeto que me tenían y el temor infundado entre los hombres de las redes permitía que los recursos que yo obsequiaba a los hombres fueran suficientes para todos. Cierta día, un poco aburrida de mi mundo, decidí salir a la superficie y convivir con las personas, pero tenía un pequeño problema porque, como ya mencionó

Don José, mi aspecto horrorizaba a los hombres. Así que utilicé mi encanto para que ellos me vieran atractiva, con mi dulce voz y mi canto lograba hacer que se acercaran a mí. Tuve encuentros con algunos hombres que, hechizados por mi belleza, acudían a mi llamado. Hablaba con ellos. Si me complacían con sus adulaciones, les indicaba en qué fechas y lugares específicos podían pescar grandes carpas. Pero si, por el contrario, no se portaban bien conmigo o veía que dañaban mi hogar, hacía que llegaran a lo más lejano de la orilla, sin que pudieran regresar. Alborotaba el agua haciendo que se cayeran de sus canoas, llevándomelos al fondo de la laguna, quedándose conmigo para siempre.

Con mis acciones muchos me temían, sobre todo aquellos que sabían que dañaban mi entorno. Entre pláticas, hombres y mujeres decían que yo era mala, que les hacía daño, pero lo que no entendían era que solo me llevaba a quienes no valoraban mis recursos.

N´ombre, Josefina, ya no dejes que Juan vaya solo a la laguna a sacar carpas. Siempre que lo acompañe alguien y que no se meta tan adentro, porque dice don Jacinto que ya vio a la Tlanchana. También los compadritos que tengo de Lerma y de San Mateo han oído que muchos ya la han visto, que es re malvada. ¿No ves que al hijo de doña Catita se lo llevó hasta merito adentro de la laguna y ya no volvió a salir? (Doña Leonor R. 68 años, diciembre de 2018).

Con el paso de los años, el equilibrio que se tenía en el área lacustre fue perdiéndose. Por más que

trataba de que todo lo que les ofrecía alcanzara para muchas personas, cada vez sacaban y sacaban más carpas. También redujeron el espacio de mi hogar, construyeron casas, dejaban que sus animales se metieran a la laguna, comenzaron a contaminar el agua, tirando plásticos, animales muertos. Después de que comenzaron a llegar unas grandes construcciones, llamadas fábricas, permitieron que sus aguas sucias, muy sucias, entraran en el humedal, ocasionando que muchos de los seres que me rodeaban comenzaran a enfermar y a morir.

He pensado cuán estúpido puede llegar a ser el hombre de la red, por sobre aprovecharse de mis recursos y por dañarlos, siendo que este, mi hogar, es fuente de alimento y vida para ellos y sus familias, pero a mí me señalan como la mala. ¡Hipócritas son!

Poca memoria y sensibilidad tienen al preferir someterse a lo que los dueños de las tales fabricas les dan, olvidándose que por mucho tiempo yo les daba lo necesario para que pudieran vivir bien alimentados, felices, sanos y en un espacio inigualable.

Y, por si fuera poco, no conformes con contaminar mi hogar y reducir mi espacio, han hecho negocio con las aves que vienen a visitarme. Los patos y garzas se espantan, huyen cada vez que se llega la temporada de caza. El hombre ha tomado por diversión matar a las aves, por ambición desecar la laguna para sus construcciones de tabique y cemento, pero lo que más me hierde es que por inconciencia siguen contaminando

y sobreexplotando el lugar que les ha dado por mucho tiempo de comer a ellos y a sus antepasados.

Ahora, con tristeza veo cómo matan mi mundo, cómo se han olvidado de nuestro pacto. No les importa matar su alimento. Crecen las carreteras, me ensucian con su basura, sus desechos industriales me van quemando lentamente. Han escupido al cielo, solo es cuestión de tiempo para que mi mundo y yo dejemos de existir. Lo que les importa ahora es producir, consumir y tirar, sin importar que en ese proceso nuestros recursos puedan expirar. Saben de mí, pero ya no me temen, ya no me respetan.

Dejo el legado de mi breve historia en manos y oídos de quienes aún con la inocencia de un infante, pero con la sabiduría del abuelo, me rememoran. Vivo entre quienes la fantasía y el respeto a la madre tierra, madre de todos, representa algo importante. Me han transformado, pero pervivo intacta en la memoria colectiva, esa memoria que no responde a la lógica, pero que está presente en la tradición oral y ahora escrita de aquellos que se refieren a mí, la Tlanchana.



Fotografía:
Lidia Ivonne Blásquez Martínez



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

